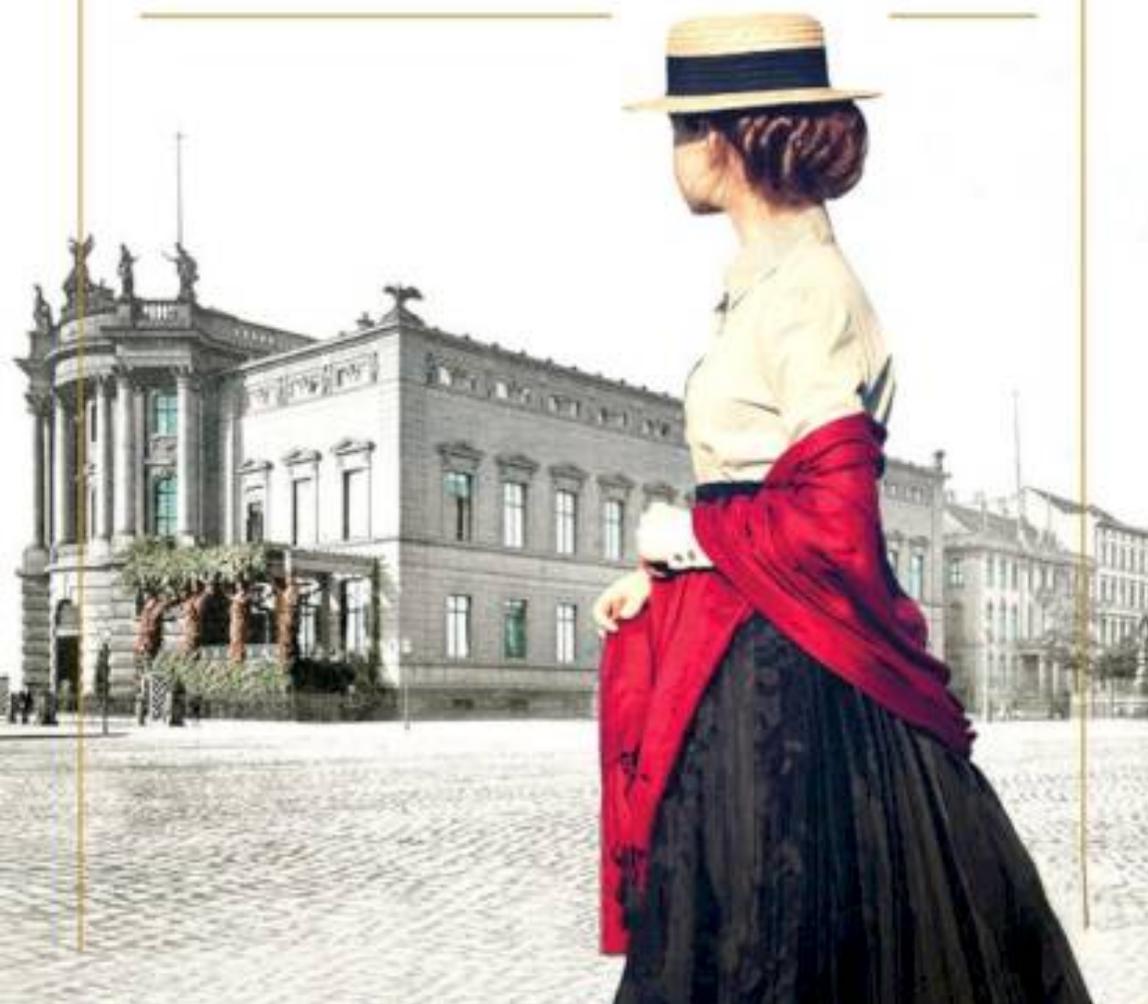


HELENE SOMMERFELD

LA
DOCTORA
DE
BERLÍN



Grandes momentos de la medicina en el Imperio alemán,
y una mujer está haciendo historia.

Parte 1 de la apasionante saga de la historia sobre la
doctora Ricarda Thomasius.

Brandeburgo, 1876. Ricarda, la hija del jardinero, salva la vida de la sobrina de la *komtess* Henriette von Freystetten. Como muestra de gratitud, la aristócrata se lleva a la niña de trece años a Berlín, donde su mansión es el centro de la vida de la alta sociedad. Ricarda conoce así un fascinante nuevo mundo en la glamurosa capital del imperio al lado de la carismática *komtess*, la mujer, soltera, es uno de los primeros médicos alemanes en ejercer. Tuberculosis, blanqueamiento o problemas ginecológicos.

La doctora Freystetten se ha hecho un nombre durante mucho tiempo entre sus pacientes acomodados, una de las primeras doctoras de Alemania, quien se ha labrado una excelente reputación entre los pacientes adinerados de la ciudad. Sin embargo, Ricarda pronto descubrirá el lado oscuro de Berlín: nadie parece interesado por cuidar de las trabajadoras más desfavorecidas ni de los niños que vagabundean por las sucias calles. Y eso es exactamente lo que ella quiere hacer. Pese a los obstáculos para que las mujeres estudien medicina, luchará con uñas y dientes por hacer realidad su sueño. Pero Ricarda no sospecha que Henriette tiene sus propios planes para su protegida. Y que un encuentro con un joven estudiante sacudirá hasta los cimientos todas sus convicciones...

Pero debo quedarme sentada, muy fina y delicada, como una niña buena, y solo en secreto me puedo soltar el cabello y dejar que lo agite el aire.

Am Turme,
ANNETTE VON DROSTE-HÜLSHOFF
(1797-1848)

Personajes más destacados

Familia Petersen

Gustav, * 1840, jardinero del palacio de Freystetten

Karla, * 1842, su esposa, cocinera y gobernanta

Antonia, también llamada Tonja, * 1862, su primogénita

Ricarda, también llamada Rica, * 1863, su hija

Rosamunde, también llamada Rosel, * 1865, su hija

Familia Von Freystetten

Franz, * 1805, conde y antiguo general

Raimund, * 1838, su hijo

Henriette, * 1842, su hija, doctora

Luise, * 1842, esposa de Raimund

Florentine, también llamada Flora, * 1862, hija de Raimund y de Luise

Friedemann, * 1864, hijo de Raimund y de Luise

Käthe Hausmann, * 1843, doctora, compañera de estudios de Henriette

Georg Kögler, * 1851, primo de Käthe, abogado

Franziska Biberti, * 1843, compañera de estudios de
Henriette

Emilie Solm, * 1841, compañera de estudios de Hen-
riette

Eleonore Singer, * 1864, amiga de Ricarda

Kumari Kallstadt, * 1864, amiga de Ricarda

Siegfried Thomasius, * 1860, estudiante de medicina

Malwine Merger, * 1850, ama de llaves de Henriette

Cuando el hielo se quebró

Navidades de 1876

El día de Navidad del año 1876 Ricarda, mientras jugaba con la perra en el lago artificial que había junto a la mansión, se enfrentó por primera vez con la muerte, con la que sostendría una lucha enconada durante toda su vida.

La muchacha, que tenía trece años, disfrutaba de la magia que impregnaba el paisaje. La luz hibernal del sol, ya bajo en el horizonte, teñía de delicados tonos pastel las colinas, apenas visibles, de la llanura de Brandeburgo: un naranja suave que mudaba a amarillo, unos borrones de color rosa y un azul difuminado que, en el horizonte, se fundía con el blanco etéreo del cielo y el blanco denso de la tierra. En medio, los grandes grupos de árboles desnudos, aún jóvenes, que su padre había plantado y de los que afirmaba que algún día en el parque serían como islas boscosas en un mar de hierba. Pero su padre también decía que algún día ella, Rica, se convertiría en una mujer hermosa. Y eso a ella le parecía aún más inverosímil.

Con un breve ladrido, Berta exigió a Rica que siguiera jugando con ella. La muchacha cogió una rama corta y la

arrojó con todas sus fuerzas sobre el lago helado. La madera se deslizó sobre el hielo dejando oír un fuerte zumbido. La cachorra se echó a correr para cogerla en dirección hacia el palacio. Aquel edificio, de una planta y distribuido en tres alas, se hallaba a varios cientos de metros de distancia, abstraído en medio de un paisaje hermoso e idílico. Aquel lado del lago, más estrecho y con varias curvaturas suaves, hacía que la distancia pareciera mayor. En dos horas, a la hora del té de media tarde, en el salón que daba al jardín se iba a celebrar el tradicional concierto de Navidad y Ricarda tendría que ayudar en la cocina. De ahí que esos momentos en que podía disfrutar tranquilamente de la tarde de Navidad resultaran aún más preciosos.

La hembra joven de braco de Weimar, cuyo pelaje gris plateado brillaba de forma encantadora, devolvió la rama y la dejó en el suelo mientras sacudía la cola. Entonces Ricarda también pisó el hielo y se volvió hacia el otro lado del lago. Allí había aprendido a nadar y desde aquel verano contaba las brazadas que necesitaba para atravesarlo. El pasado verano habían sido ciento ochenta y siete. Ahora el lago se había convertido en una grandiosa pista de patinaje. Dos días atrás, su padre y dos ayudantes habían barrido la superficie: desde entonces no había vuelto a nevar.

Esta vez Ricarda arrojó la rama hacia donde su hermana Antonia estaba patinando con Florentine, la hija del conde. Sin embargo, su tiro solo llegó hasta el centro del lago. Rica no llevaba patines, lo que a ella le parecía bien porque no le apetecía andar cayéndose continuamente. Mientras seguía con la vista a la perra traviesa observó a

las dos muchachas, que estaban muy alejadas y tenían un año más que ella.

Ricarda apenas conocía a Florentine porque esta iba a un colegio de Inglaterra y solo regresaba a su casa durante las Navidades. Inglaterra se encontraba tan lejos de la imaginación de Ricarda que ni siquiera había consultado dónde se hallaba en el globo terráqueo. En cualquier caso con los nuevos patines canadienses que su tía le había regalado en Nochebuena, Florentine se manejaba bien.

«Fíjate, son los primeros que llevan las cuchillas atadas a la bota de piel», le había contado con orgullo Florentine a Antonia. A Ricarda no le había hecho el menor caso.

Con ellos Florentine ya era capaz de dar algunos saltitos e incluso conseguía hacer alguna que otra pirueta. Y, cuando caía, se ponía de pie. La risa por su torpeza resonaba en el lago tal y como ella misma era: aguda, liviana, despreocupada. No parecía haber nada que Florentine no fuera capaz de hacer. Ni en sueños a Rica se le habría ocurrido sentirse celosa de la hija del conde por ello. A fin de cuentas, ella y Antonia eran hijas del encargado de los jardines y de la cocinera. Su hermana era la doncella de la madre de Florentine y contaba con su simpatía, por eso como regalo de Navidad había recibido los patines que a Florentine ya no le valían.

A veces a Ricarda le enfadaba no tener el carácter cautivador de su hermana mayor. Ella había heredado el pelo espeso y negro de su madre, mientras que el pelo de Tonja era de un tono rubio rojizo, como el de su padre, lo cual le daba una apariencia más alegre. Sin embargo, no resultaba tan resplandeciente como Flora.

Las botas de cuero de Antonia llevaban las cuchillas de hierro sujetas a trozos de madera atados a las suelas, y aquel peso adicional parecía dificultar el avance de forma extraña. Incluso de lejos Rica veía lo mucho que le costaba a su hermana mantener el equilibrio. Daba la impresión de que las cuchillas la clavaban al hielo en lugar de permitirle avanzar rápido como Florentine, que se había alejado mucho de ella. Pero Tonja aún no se había caído. Así era su hermana: todo lo que hacía, lo hacía de forma lenta y concienzuda; muy pronto, de eso a Rica no le cabía la menor duda, Antonia habría pillado el truco y también se estaría deslizando con gracia.

Un trineo de caballos se aproximaba al palacio desde las profundidades del parque. Por la distancia no era posible ver quién iba dentro. Sin embargo, como junto al vehículo corría otro perro, Ricarda tuvo la certeza de que su padre hacía de cochero suplente. Berta entonces la reclamó con un ladrido para que arrojara la rama y ella se inclinó a recogerla. En ese mismo instante oyó el grito que no olvidaría en toda su vida. Vino del lago y fue estridente, muy breve y despavorido.

Desde su posición Ricarda solo veía a Antonia. Con los patines pesados en los pies se apresuraba hacia el punto donde la joven condesa había estado hacía apenas un instante. Rica, en cambio, no podía avanzar tan rápido como le habría gustado. Una y otra vez perdía el equilibrio sobre el hielo liso, pero lo recuperaba y seguía avanzando lo

más velozmente posible. Berta la precedía a gran distancia.

—¿Qué ha pasado? —gritó Ricarda a su hermana. Estaba demasiado lejos y solo veía que Florentine había desaparecido.

—¡Flora se ha hundido en el hielo! —le respondió Tonja a voces.

Eso es imposible, pensó Ricarda.

Hacía una semana que estaban a varios grados bajo cero. Desde hacía años su padre llevaba un registro de las temperaturas, era una de sus pasiones. Y ese mismo día a las doce del mediodía habían estado a 10,5 grados negativos. Era imposible que, con una helada tan persistente, el hielo se quebrara. Además, en caso contrario, su padre habría bloqueado el acceso a la superficie helada.

Antonia parecía haber alcanzado el punto en el que Florentine se había hundido. Se arrodilló con los patines pesados atados a los pies.

—¡Voy a sacar a Flora! —gritó a Ricarda.

—¡Tonja, ve con cuidado! —la advirtió.

El corazón le decía que su hermana también se estaba poniendo en peligro. Sin embargo, ella seguía demasiado lejos para ayudar.

Antonia se tumbó sobre el hielo y extendió las dos manos dentro del agua helada. Entretanto Rica ya se había acercado lo suficiente al lugar del accidente como para ver los brazos y la cabeza de Florentine sobresaliendo en el agua.

Florentine siempre se adornaba la ropa con flores, en

cualquier época del año. Aquel día un girasol bordado le decoraba el sombrerito de color marfil.

—¡Agárrate a mí! —gritó Antonia.

Antes de que Rica se pudiera dar cuenta, su hermana fue arrastrada dentro del agua por Florentine, que luchaba por mantenerse con vida, y desapareció sin el menor ruido.

Berta permanecía ladrando junto al lugar del accidente cuando Rica consiguió llegar. Se dio cuenta al momento de que el hielo no se había roto de una forma casual. En una capa de hielo de medio metro de grosor alguien había cortado un orificio de aproximadamente un metro cuadrado. En el curso de la noche se había formado una capa nueva, que se había quebrado en cuanto Florentine había pasado por encima trazando una pirueta. Los trozos de hielo flotaban en las aguas oscuras. Ricarda se arrodilló sin aliento junto al orificio del hielo. Por un instante Antonia levantó la vista hacia ella desde las profundidades. En ese mismo momento Florentine la empujó hacia abajo para poder ascender. Dejó oír un gorgoteo incomprensible.

—¡Tonja! —gritó Rica.

Pese a su inquietud por la vida de su hermana, a Rica la invadió una serenidad insólita. Con el mismo tono contenido que le había oído usar a su padre, Rica se dirigió a la perra:

—¡Berta! ¡Escucha!

Los ojos de color ámbar del animal se clavaron atentos en ella. Rica señaló el palacio adonde acababa de ver que se dirigía su padre con el trineo de caballos. Posiblemente iba a las caballerizas que había al lado.

–¡Berta! ¡Busca a padre! ¡Da la alarma! ¡Busca a padre!

No podía más que confiar en que Berta fuera capaz de todo eso.

De las aguas heladas asomaron los puños doblados de Florentine intentando agarrarse al vacío. La mirada aterro- rizada de esos ojos azules tan abiertos imploraba: «¡Ayú- dame!». A su lado, Rica vio el rostro de su hermana: de la boca aún le subían burbujas, pero no lograba coger aire. La lucha de Florentine por sobrevivir no dejaba espacio a Antonia.

No puedo ser arrastrada al agua, pensó Rica. De lo con- trario moriremos todas.

Miró a su alrededor. Fue entonces cuando se percató de la escalera de madera que había sobre el hielo no muy le- jos, como si estuviera esperando a ser utilizada para el res- cate.

–¡Os sacaré de aquí! ¡Aguantad un poco!

Jadeando arrastró por el hielo la pesada escalera. En esa zona el lago no era muy profundo, pero todo indicaba que ahí ya no era posible hacer pie. Ricarda se tumbó bo- ca abajo y deslizó la escalera en las aguas oscuras hasta que consiguió apoyarla en el fondo de barro.

¡Pero las aguas estaban atrozmente tranquilas! La cabe- za de Flora con el girasol oscilaba sin fuerzas de un lado a otro. Un poco más abajo Tonja se dejaba llevar con los brazos tendidos.

–¡Ya voy! –gritó Rica.

Sin vacilar, entró en las aguas heladas bajando por la es- calera. Agarrándose con una mano a los travesaños, logró

sacar trabajosamente a Flora sobre el hielo. Luego volvió a meterse en el agua.

¿Dónde estaba su hermana? Ricarda percibió un movimiento y por un instante la mano blanquísima de Antonia pareció encontrarse muy cerca de ella. Rica intentó agarrarla, pero Tonja se alejó flotando en las aguas.

Fue entonces cuando Rica notó la gélida punzada de la muerte. Con las últimas fuerzas que le quedaban subió por la escalera y se dejó caer sobre el hielo. Contempló el rostro de Florentine. Mostraba una palidez espectral. De repente, de una herida que tenía en el ojo izquierdo le empezó a brotar un hilo de sangre que le atravesó el rostro hasta alcanzar el hielo.

Ricarda se convenció de que Flora también había muerto. Extenuada y tiritando de frío, cerró los ojos y se quedó tumbada.

—¡Rica! ¿Qué ha ocurrido?

Oyó la voz de su padre y sintió el lametón cálido de un perro en la cara.

—¡Dios mío! ¡Es Flora!

Rica abrió los ojos lentamente, reconoció a la *komtesse* Henriette y se preguntó de dónde había salido tan de repente la tía de Flora.

—¿Has sacado a Flora? —preguntó.

—Sí. Tonja sigue dentro.

—¿Cómo? ¿Tonja? ¿En el agua?

Su padre se quitó el largo abrigo oscuro de loden, envolvió a Ricarda en él y descendió con gesto resuelto en

las aguas gélidas. La *komtess* apoyó una rodilla en el hielo, dobló la otra en ángulo y colocó a Florentine de forma que la cabeza le colgara hacia abajo. Luego le metió los dedos en la boca y le apretó con fuerza la espalda. La muchacha entonces echó por la boca un chorro de agua dejando oír un borboteo.

Rica se acercó deslizándose al orificio oscuro, pero no vio ni rastro de su padre. Se había sumergido debajo del hielo, pero estaba segura de que él sabía lo que hacía.

–Tenemos que llevar a Florentine hasta el trineo. ¿Puedes ayudarme?

Ricarda asintió sin decir nada.

–Yo la agarraré por arriba, y tú la llevarás por las piernas.

Su padre había dejado el trineo, tirado por un caballo negro, muy cerca de la superficie helada. Rica sostuvo a Florentine por debajo de las rodillas. Con el sol las hojas de acero de los patines brillaban como cuchillos.

–De momento la dejaremos junto al carro –dijo la *komtess* mientras se quitaba su abrigo de pieles de tono marrón claro para colocar a Flora encima–. Primero debo reactivar la respiración de Florentine. Para ello yo le moveré los brazos. Entretanto tú le meterás los dedos en la boca y le sujetarás la lengua. ¿Entendido?

–Sí, *komtess*.

Sus miradas solo se encontraron un único segundo, pero Rica supo que a partir de ese instante ella iba a dejar de ser una niña.

–Depende mucho de ti, pero lo conseguirás –dijo la *komtess* con voz tranquila. Le dio a Ricarda un pañuelo de seda y luego abrió la boca de Florentine–. Con él le suje-

tarás la lengua en su sitio. Que no se suelte porque de lo contrario Flora se ahogará.

La *komtess* asió a Florentine por los brazos, los llevó por encima de la cabeza de la niña y los hizo bajar por los costados. Una y otra vez colocaba las manos sobre el pecho de Flora y hacía presión.

—¿Eso no le duele? —preguntó Rica con voz débil.

—Te sorprendería lo que aguanta el cuerpo humano —repuso la *komtess* mientras luchaba con todas sus fuerzas para que su sobrina recuperara la respiración—. Tú misma lo descubrirás, a más tardar cuando tengas un hijo.

De pronto Florentine inhaló aire dejando oír un ruido de espanto.

—¡Suéltale la lengua! ¡Incorpórala! —ordenó la *komtess* mientras empezaba a masajear el cuerpo de Florentine—. Florentine, ¿me oyes? —le preguntó, abofeteándole delicadamente las pálidas mejillas.

Mientras Florentine tosía, Ricarda le golpeaba en la espalda.

—Tengo mucho frío —susurró Florentine por fin.

—¡Flora! ¡Estás viva! —respondió la *komtess* envolviéndola por completo en su abrigo de pieles.

El padre de Rica se acercó andando pesadamente por la nieve procedente del lago con el cuerpo sin vida de Antonia en los brazos. Su ropa estaba empapada. Llevaba perlas de hielo prendidas del cabello, la barba y las cejas. Tenía los labios azulados. Colocó a Antonia entre las dos filas de asientos del trineo. En una fila la *komtess* Henriette estaba sentada con Florentine en el regazo. En la otra, Ri-